

XV Aniversario Centro Regional de las Naciones Unidas para la Paz, el Desarme y Desarrollo en América latina y el Caribe

DESARME Y EDUCACION

HUGO PALMA

El Secretario General de Naciones Unidas Kofi Annan, en la presentación del reciente estudio sobre Educación para el Desarme y la No Proliferación dijo: “...el socio de la ignorancia es la complacencia; sobre lo que sabemos poco, nos importa poco tratar de hacer algo.”

El tema, consecuentemente, concierne el enorme desafío de cuestionar visiones tan profundamente ancladas en las personas y las sociedades que hacen parte de la cultura.

“Si quieres paz, prepárate para la guerra”. Desde hace dos milenios, se nos dice cotidianamente que el aforismo de Vegecio es una verdad que no necesita demostración. Es conocido el éxito de esta prescripción pues exactamente a eso se han dedicado casi todos los pueblos y Estados: a asegurar la paz preparándose para la guerra. La aparente simplicidad de la fórmula la ha convertido en la viga maestra del pensamiento estratégico y especialmente militar.

Sin embargo, es curioso que nadie parece preocupado con los resultados. Las sociedades no han dejado de prepararse para la guerra y lo que han tenido es una interminable sucesión de conflictos armados. La historia que enseñamos a nuestros niños es, esencialmente, la historia de los conflictos.

Consecuentemente, si la paz fuere el bien deseado, es obvio que no se logró con el método propuesto. Guste o no a quienes se consideran realistas políticos, debe reconocerse que la infalible receta ha fracasado.

Además, la herencia de Vegecio ha sido funesta en otros dos aspectos. Primero, como no se sabe cuanta preparación para la guerra es necesaria para salvaguardar la paz, se legitima cualquier apresto bélico y ello hace que, en principio, todas las armas puedan ser pocas. Esta es la base de las carreras armamentistas que han plagado y continúan plagando a la humanidad.

Segundo, porque como la acumulación de armas es ennoblecida por el objetivo de asegurar la paz, implícitamente se deslegitima a quien pudiera considerar que ciertas armas o muchas armas no serían necesarias pues automáticamente parece cuestionar el objetivo mismo de las armas que sería la paz. De ahí la mala fama de quienes no aplauden la acumulación de armas. Pacifistas, entreguistas, utópicos, etc. son algunos de los calificativos que reciben de quienes consideran que poseen la exclusividad del patriotismo.

La preparación para la guerra pasa necesariamente por la permanente y creciente adquisición de armamentos cada vez más letales. En el siglo XX, la ciencia y tecnología y muchísimo dinero aplicados a la destrucción produjeron armas nucleares, químicas, biológicas, medioambientales; armas convencionales de increíble poder y muchos millones de minas antipersonal y armas individuales. Por primera vez, la acción del hombre hace posible destruir no solamente al enemigo sino toda la vida del planeta.

El resultado de ese esfuerzo sin precedentes “en favor de la paz” puede cuantificarse: diez millones de muertos en la primera guerra, cincuenta en la segunda y aproximadamente cien millones en la guerra fría, las guerras de liberación nacional y otras situaciones de violencia. La devastación y miseria producidas hacen que al término de estos conflictos muchos sobrevivientes no alcancen a notar la diferencia.

Hay además cambios esenciales que conviene consignar. Las armas han dejado de ser el monopolio de los Estados. Están también ahora en manos de insurgentes, terroristas, facciones, tribus, delincuencias organizadas internas e internacionales. Será muy difícil revertir esta situación pues otro cambio, en parte vinculado al anterior, es que el enfrentamiento clásico de estado contra estado ha sido reemplazado por distintos tipos de conflictos que se dan al interior de estos, con o sin influencia del exterior.

Las armas también incrementan el poder de sus poseedores sean países, instituciones o hasta delincuentes y pueden servir para oprimir a una sociedad y amasar inmensas fortunas a costa de pueblos a los cuales, ironía siniestra, se

les dice que es por su seguridad. A ello hay que añadir hoy la trágica extensión del terrorismo y las preocupantes señales que se advierten en materia de armas nucleares, otras de destrucción en masa, armas convencionales y, lo que hoy afecta más directamente a las sociedades, el tráfico ilícito de armas pequeñas. En fin, las armas se han democratizado y banalizado: las hay para todos los propósitos, gustos y bolsillos.

En consecuencia, razonable y lógicamente, las armas ya no pueden ser presentadas como instrumentos necesarios exclusivamente para la legítima defensa de los Estados de conformidad con la Carta de Naciones Unidas. Muchas veces, los Estados utilizan las armas para la opresión interna y el aventurerismo externo. Además, de hecho ya no están mas en capacidad de garantizar la seguridad de sus sociedades contra las armas de destrucción en masa ni contra el uso ilegal de armas individuales, sea en cualquier parte del mundo subdesarrollado o en las ciudades mas sofisticadas del mundo afluente.

Es evidente entonces la necesidad y urgencia de cortar con una línea de pensamiento fracasada históricamente. Esto exige una actuación consciente, informada y responsable de las sociedades.

Conocer el porqué de las armas hace parte de la educación ciudadana y la cultura política. En toda sociedad democrática, es responsabilidad política que la ciudadanía esté informada y comparta las razones que sustentan el sistema particular de defensa que se adopta. Es más, ese apoyo cívico es una de las principales fuentes de credibilidad de cualquier esquema defensivo. A mayor información y transparencia menor riesgo de aventurerismo, opresión, corrupción y viceversa.

Naciones Unidas ha realizado un estudio sobre esta última materia, pues las personas y las sociedades tienen el derecho y el deber de informarse sobre lo que representan realmente las armas y contribuir a la formación de políticas democráticas en la materia. Aquí interviene también el nuevo concepto de cultura de paz, del cual la educación para el desarme constituye elemento importante.

Interesan varios aspectos. Primero, reconocer que no es una cuestión académica sino vital pues en la actualidad las víctimas de las armas son principalmente civiles: minas, bombardeos, genocidios, etc. Luego, comprender que toda arma representa un costo de oportunidad frente a otras necesidades. El mundo gasta anualmente 800,000 millones de dólares en

armas, pero remover todas las minas antipersonal que seguirán causando innumerables víctimas costaría solamente dos mil millones y con cinco mil millones se eliminaría el analfabetismo. Finalmente, entender que así como se supone que pueden tener opinión en materias agrícolas o de salud, la deben tener también en lo relativo a su seguridad y defensa. Eso es lo democrático.

Educar para el desarme y la paz, entonces, no es solamente informar y menos aun simplemente pedir que desaparezcan las armas, pues inclusive esa hipótesis no detendría a quienes quieran cometer atrocidades como el genocidio de Rwanda realizado con machetes. Trata esencialmente de formar personas como seres humanos y actores políticos conscientes de los factores locales, nacionales, regionales y globales que pueden reforzar o afectar la paz y que sean responsablemente capaces de superar culturas de violencia mediante soluciones pacíficas a las diferencias y conflictos sean personales, familiares, sociales o nacionales.

Es por eso que la Educación para el Desarme se vincula con los temas de solución pacífica de controversias, comunicación, entendimiento intercultural, tolerancia de la diversidad, no violencia, justicia económica, igualdad de género, preservación ambiental, desmilitarización, desarrollo y derechos humanos.

Quienes debemos educarnos en materia de desarme somos todos. Cuando pensamos en educación, generalmente lo hacemos en términos formales de aulas y programas dirigidos a los niños y jóvenes. Olvidamos que, para bien o para mal, nos estamos permanentemente educando y que la educación informal que proviene de la vida social y la cultura, puede ser tanto o más importante que la educación formal e inicial. El informe de Naciones Unidas no excluye a nadie: gobernantes, congresistas, militares, diplomáticos, empresarios, trabajadores y ciudadanos en general.

Desde luego, no se trata de que nos convirtamos todos en especialistas en armas. El objetivo es que desarrollemos un pensamiento crítico, fundado en criterios, sobre lo que las armas implican para la seguridad de países y personas de modo que como ciudadanos podamos participar en la formación de políticas y la adopción de decisiones conscientes y democráticas.

Para lograr esto importan también el involucramiento de centros de investigación y enseñanza, organizaciones no gubernamentales, medios de

difusión y de la sociedad en general; además de la indispensable y prioritaria responsabilidad de los partidos políticos, los parlamentos y los gobiernos.

La supuesta disposición de los gobiernos a abordar constructivamente estos problemas ya no basta. O quizá no pueden solos frente a viejas inercias y nuevas expresiones de la cultura de violencia. Sin el involucramiento de las sociedades es muy probable que las cosas se compliquen cada vez más, con las ahora ya bien conocidas consecuencias para la paz y la seguridad internacionales y las posibilidades de desarrollo de la gran mayoría de países.

Desde luego, quienes se consideran realistas dirán que todo esto es pura ingenuidad y recordarán que el conflicto siempre es posible. Nadie lo ha olvidado. Pero también ellos deberían recordar que la limitación de armamentos y el desarme son compromisos formales y verificables para alcanzar mayores niveles de seguridad con menores niveles de armamentos. Todo acuerdo en la materia es ejemplo de auténtico realismo. Finalmente, con las armas en poder de todo el mundo y la creciente posibilidad de que cualquier persona en su entorno habitual pueda ser víctima de ellas, se puede seguir diciendo que el asunto compete solamente a los Estados?